

## **Conferencia por el día del Fundador 14 de mayo 2017**

**Ricardo Orellana, fsc.**

*“Despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz”. Ef 5,14*

Hermanos reciban por medio de este texto de San Pablo un fraternal saludo por el día de nuestro Fundador. Las palabras del apóstol nos mueven a despertar, a salir del adormilamiento, a levantarnos porque no estamos muertos, para caminar más allá de nosotros mismos porque Cristo es nuestra luz. Que Jesús resucitado siga actuando en nuestra condición humana y se manifieste en nuestra historia personal y colectiva y muy visiblemente cuando caigamos rendidos por la debilidad, el cansancio y el pesimismo, que Él sea nuestra luz, que sea nuestra fuerza, que sea nuestra vida; y la fuerza, la vida y la luz para los destinatarios de nuestro ministerio.

La comunidad animadora del sector, tomando en cuenta algunas de sus sugerencias en la Asamblea de Hermanos realizada en Diciembre pasado, ha preparado esta celebración aquí y en Cuenca, con las comunidades cercanas, para de esta forma, recordar con alegría a San Juan Bautista de La Salle, declarado patrono de los educadores por el Papa Pío XII hace 67 años, pero también para reforzar nuestros lazos de fraternidad, unión y comunión con una conferencia –la de Cuenca, seguro mejor que ésta- con una eucaristía de acción de gracias y un apetitoso almuerzo.

No pretendo hacer una disertación para mostrar las innegables virtudes de nuestro Fundador, ni tampoco detenerme en compartir, con fascinación, su biografía y la manera de cómo guió Dios de manera imperceptible y *“de compromiso en compromiso”* al establecimiento de la primera comunidad de Hermanos y de las Escuelas Cristianas en 1680. Sino más bien, deseo reflexionar, siguiendo la lógica de un texto reciente escrito por el Hno. Edgard Hengemulle (2013), sobre algunos aportes educativos de San Juan Bautista de La Salle presentes en relato de los comienzos de nuestro Instituto y que pueden lanzarnos hacia el futuro, invitándonos a encarnar el carisma lasallano en el mundo de hoy

y asumiendo un cambio “en profundidad” al servicio de la educación humana y cristiana de los niños y jóvenes pobres.

### **El valor y la necesidad de la educación**

En el siglo XVII existía una creciente afirmación del valor y de la necesidad de la educación. La invención de la imprenta en 1448, la primacía dada a la lectura individual de la Biblia, promocionada por los protestantes y, las necesidades creadas por los avances en el mundo de la ciencia, del comercio y de la industrialización que venían emergiendo desde Inglaterra fueron sus causas más significativas. La necesidad de la educación entonces dejaba de ser una urgencia reservada sólo a las élites. En Francia, la burguesía ascendiente, habiendo ya logrado una elevación social por vía económica, sentía la necesidad de afirmar y de patentizar su valor también a través del conocimiento. Según Bédel, las familias pobres de las ciudades, los artesanos y los campesinos del año 1700, evidenciaban igualmente esa aspiración. Para los niños y jóvenes que crecían en las calles, expuestos a los peligros que de allí provenían, se verificó un movimiento, sobre todo para el aprendizaje de la lectura y, menos intensamente, de la escritura, y un consecuente crecimiento en el número de los escolares. (Bédel, 1998: 11-12)

Pero, este movimiento no tenía una aprobación unánime. Ni los humanistas, ni los filósofos estaban todos de acuerdo con una educación universal y, sobre todo, con un currículo que sobrepasara los rudimentos escolares. Y eso, entre otras razones, porque la escolaridad atendería contra la riqueza de la nación: apartando a los niños de los trabajos manuales, comprometería la producción agrícola e industrial. Y también porque la instrucción indiscriminadamente difundida podría abrir la puerta a la contestación social.

### **Responsabilidad eclesial**

¿Y quién se encargaba de promover este movimiento y de cuidar de la educación en general? Era la Iglesia quien lo hacía. Ella definía sus objetivos. Establecía sus contenidos. Seleccionaba y controlaba a los maestros. Y administraba la educación.

En este esfuerzo, la Iglesia era apoyada por la monarquía y el poder oficial de las poblaciones locales. Era notorio en tiempos del Fundador que el gobierno no tenía una

política general sistemática y coherente de educación. No disponía de organización específica, como un ministerio, para promoverla, ni de presupuesto propio para financiarla. A nivel local no había una política pública con vistas a la solución del problema de la enseñanza popular y, las responsabilidades educativas eran dejadas comúnmente a la Iglesia. Poutet (1970: 70) describe esta situación con las siguientes palabras:

*“Las ciudades se limitaban a examinar las proposiciones que se les hacía y, guiadas por su catolicismo oficial, aceptaban, algunas veces, colaborar, a nivel de realizaciones temporales, en esta obra semiprofana, semirreligiosa, que era la educación de los niños”.*

En el área privada, el esfuerzo eclesial era fuertemente secundado por grupos de beneficencia y numerosas Congregaciones Religiosas. Alguien podría preguntar: Qué pasó con aquellos que tuvieron acceso a los textos escritos, con la difusión de la imprenta, el aumento de los libros y lectores, con la extensión de la enseñanza por acción de la Iglesia y del apoyo oficial, ¿Se produjo algún cambio? Un especialista en el área piensa que la difusión de la capacidad de lectura fue ciertamente considerable, y tuvo un efecto multiplicador, toda vez que la persona que sabe leer puede ejercer, en la familia, en su barrio, en su pueblo, un papel de transmisión que también es, muchas veces, un papel de intérprete del latín o del francés en las Provincias que hablaban algún dialecto (cf. Groperrin, 1984:168). El sensible aumento de los lectores permitía, por lo tanto, el acceso de gran parte del pueblo al conocimiento del mensaje de los escritos. Y de eso seguramente estaban convencidos el Fundador y los primeros Hermanos cuando en la Guía de las Escuelas advertían que:

*“Cuando los padres retiran a sus hijos de la escuela demasiado jóvenes, o sin estar suficientemente instruidos, para ponerlos a trabajar, hay que darles a conocer que les perjudicarán mucho, y que por hacer que ganen una nonada, les hacen perder ventajas considerables. Para convencerlos hay que hacerles ver cuán importante es para un artesano saber leer y escribir, pues por pocos alcances que tenga, sabiendo leer y escribir, será capaz de todo.” GE 16.2.21*

## **La Salle, hombre de Iglesia**

El Fundador conoció el movimiento renovador relativo a la educación de su tiempo desde el interior de la Iglesia. Y no solamente lo conoció; él se insertó en esta corriente escolar. Y en ella imprimió su sello personal. Multiplicó las escuelas que, al final de su vida, ya eran 42, y en las cuales trabajaban unos 100 Hermanos. Enseñando la lectura, la escritura, la ortografía, el cálculo, la urbanidad y la catequesis, y ofreciendo una educación popular, conectada con la vida y de inspiración cristiana, dio su aporte para que los hijos de artesanos y pobres pudiesen insertarse en la dinámica social, formar parte activa en el campo laboral y sobre todo para educarlos cristianamente, aunque para ello debamos regalarnos por entero, como claramente lo deja expuesto en la Meditación 201:

*“Pues el ardiente celo que deben tener de salvar las almas de los que han de instruir, es lo que ha debido llevarlos a sacrificarse y consumir toda su vida para darles educación cristiana, y para procurarles en este mundo la vida de la gracia, y en el otro, la vida eterna.” (MR 201, 3.2)*

### **La Salle y la inserción social de los niños y jóvenes pobres**

En la Francia del siglo XVII había una profunda convicción acerca de la desigualdad y casi ningún cuestionamiento sobre los grandes contrastes sociales y económicos entre los grupos humanos existentes. Tales contrastes se materializaban en la división de la sociedad en tres ordenes sociales, o “tres estados”: el Clero, la Nobleza y el Tercer Estado, que congregaba, en distintos niveles, desde la alta burguesía hasta los miserables.

En esta nación desigual, había un recelo frente al cambio. Predominaba la idea y el interés por la estabilidad social y el mantenimiento de las estructuras sociales vigentes. El deseo ampliamente mayoritario de las élites era que cada cual permaneciese confinado en su estrato social, no podía escapar de él, solo en su categoría social cabían sus pretensiones de realización humana. Esta actitud se personalizaba en la figura del “*honnête homme*”, presente particularmente en la segunda mitad del siglo XVII. Un hombre que, además de ser probo y cortés, de mantener relaciones agradables y dar importancia a la cultura, no era nada revolucionario, conformándose con las leyes y costumbres de la sociedad. No creía en el progreso por el cambio de las instituciones, sino únicamente por la mejoría de las conciencias individuales. Guardaba un justo término medio. Conservaba la fe tradicional, haciendo con ella, muchas veces, una justificadora del orden social.

La estabilidad de dicho orden era defendida por todo un sistema de ideas. Filosóficamente, los nobles esgrimían la teoría de lo innato, según la cual el valor de la persona proviene de su nacimiento: la sangre, el linaje, contienen ya lo que el individuo está destinado a ser. Teológicamente, defendían que acomodarse y permanecer en su categoría social es algo deseado por la Providencia Divina, y que así como Dios destinaba a algunos a la clerecía o a la nobleza, también disponía que otros nazcan en la condición plebeya, con todo lo que tal suerte significaba.

Paralela a la inmovilidad social, reinaba igualmente la conformidad con el orden político, también apoyada con una justificación teológica. Al respecto, es conocido el hecho de que Bossuet, contemporáneo del Señor de La Salle y acérrimo defensor del absolutismo monárquico llegó a fundamentar la monarquía absoluta en la misma Biblia, al escribir el famoso texto *"Política sacada de las Sagradas Escrituras" en 1679 y en el que entre otras perlas se leía:*

*"Dios establece a los reyes como sus ministros y reina a través de ellos (...). Actúan, pues, como ministros de Dios y son sus lugartenientes en la tierra.*

*(...) Sin autoridad absoluta, el rey no podría hacer el bien ni reprimir el mal. Es preciso que su poder sea tal que nadie pueda escapar a él (...). Cuando el príncipe ha juzgado, ya no hay otro juicio. los juicios soberanos se atribuyen a Dios mismo (...). Cuando Josafat estableció jueces para el pueblo dijo: "No juzguéis en nombre de los hombres, sino en nombre de Dios" (II Crónicas, 19, 6) (...). Solo Dios puede juzgar sus juicios y sus personas."*

¿Y la educación frente a eso? Lo primero a decir es que, hasta el siglo XIX, aún no había una formulación explícita de la conexión entre la educación y la sociedad. En el ambiente señalado de la sociedad francesa del siglo de Luis XIV, los tipos de educación de base ofrecidos cambiaban de acuerdo con la pertenencia de las personas a uno o a otro de los tres estados o, como se decía en el tiempo, *"de acuerdo a su condición"*. Y la educación, de forma general, además de ser *"conveniente"* a cada nivel social, era considerada y funcionaba como inculcadora del respeto al orden social y, en particular, a los órdenes sociales establecidos como instrumento de reproducción de las normas sociales vigentes.

Una de las manifestaciones de eso era la importancia que, en el currículo escolar del tiempo, se daba a la enseñanza de la urbanidad. Ella enseñaba a cada persona a tomar

conciencia de su condición de miembro de una sociedad jerarquizada y de su propio rango en esta sociedad, y a saber las reglas específicas de esta condición y portarse, en ella, como conviene.

A pesar de todos los pesares, la educación del pueblo sí tuvo efectos sociales. Un conjunto de testimonios, diversos y complementarios, así lo revela. El mismo rey, en una carta patente, reconocía que, después de la creación de las escuelas populares, multiplicadas bajo el impulso de hombres como Demia y La Salle, hubo *“un cambio notable en el orden público y en el comportamiento”* (citado por Giolitto, 1986: 397). En Reims, Grenoble, Calais, Moulins, Rouen... la delincuencia juvenil y la ociosidad disminuyeron en el medio urbano, y las calles mal afamadas fueron “purificadas”.

¿Y La Salle en este contexto? Antes de decir unas palabras al respecto, es importante considerar que el Señor de La Salle es alguien que dejó que Dios lo llevase, paso a paso, a un sorprendente éxodo social, económico y cultural. Él empezó trabajando para los profesores de la clase popular. Luego, fue a vivir con ellos. Y, finalmente, terminó viviendo como ellos.

En el relato fundacional lasaliano, la relación de la escuela con la sociedad civil está presente de manera tenue. Sobre la formación del alumno como ciudadano, el Fundador, en el conjunto de su obra, prácticamente poco añade a lo que escribe en la meditación sobre San Luis, rey de Francia:

*“En el empleo que desempeñan deben juntar al celo del bien de la Iglesia el del Estado, del cual sus discípulos comienzan a ser miembros, y un día habrán de serlo plenamente. Procurarán el bien de la Iglesia haciéndolos verdaderos cristianos, y tornándolos dóciles a las verdades de la fe y a las máximas del Santo Evangelio. Procurarán el bien del Estado enseñándoles a leer y a escribir, y todo lo que corresponde al ministerio que ustedes ejercen, en relación con el mundo exterior. Pero hay que unir la piedad con lo externo, sin la cual su trabajo sería poco útil.”* (MF 160, 3.3)

La Salle conocía la realidad de los diferentes órdenes sociales y la desigualdad económica, social y cultural existente en su tiempo y país. Sobre todo, después de iniciar su obra, nacida del contacto con maestros y alumnos de origen socioeconómico y cultural distinto del suyo. Profundizó en el conocimiento de la pobreza en los medios populares y se fue

dando cuenta, cada vez más, de *“las desastrosas consecuencias”* del hecho de que muchos padres no tuviesen ni condiciones de preparación ni tiempo para cuidar de la instrucción cristiana de sus hijos, y estos creciesen entregados a sí mismos y adquiriendo hábitos viciosos al vivir en las calles y en contacto con las malas compañías (cf. RC 1,4-6; MR 193,2,1; 194,1,1).

Con relación a la posibilidad de quebrar la estabilidad social, tema al que el Fundador muy poco se refiere, él sigue una de las características de su tiempo, que es la modestia con sentido de equilibrio, de ausencia de exceso. Seguramente de su abuelo y de su padre, consejeros del reino, Juan Bautista de La Salle aprendió el respeto a las instituciones, costumbres y estructuras sociales, establecidas en el país o por la ley o por el uso. Y, por supuesto, también las estructuras políticas, entre las cuales la principal era la monarquía: el poder ejercido por el rey.

Además es preciso recordar que en más de una ocasión la obra lasallana se benefició con la protección real. Por ejemplo, el soberano pagó la pensión para los Hermanos de la escuela de Alès. A través del arzobispo de Paris, confió a La Salle la preparación de jóvenes irlandeses exilados en Francia. Con dineros retirados de los bienes confiscados a los protestantes o recogidos por corsarios, concedió, igualmente, pensión a los Hermanos de Calais que educaban a hijos de marineros. En Saint-Yon, los Hermanos recibieron a pensionistas delincuentes, condenados por carta real. A esto hay que añadir que, aún en tiempo del Fundador, los Hermanos llegaron a dirigir dos escuelas en Versalles, dominio real. Tampoco olvidemos que el monarca concedió al Seminario de Maestros Rurales de Saint Denis el privilegio de no alojar a las tropas reales. Igualmente, cedió, en Boulogne, un espacio para la construcción de una casa de los Hermanos. Blain llega a decir que *“Su Majestad había concedido todo lo que, hasta entonces, se había solicitado a favor del establecimiento de las Escuelas Cristianas”*. (CL 8, p. 127)

No obstante, para La Salle, la escuela, juntamente con otras funciones, también ejerce un papel social. El solo hecho de no querer que sus instituciones de enseñanza se llamasen “escuelas de caridad” sino “Escuelas Cristianas”, ya encierra en sí este mensaje: la escuela, para él, es más que una obra de misericordia.

Y al sacar a los niños de las calles, contribuyó para disminuir el problema de la delincuencia juvenil en el medio urbano. Y, al dar a estos y a otros niños, una educación integral, les enseñó a “vivir bien” en cuanto miembros de la sociedad.

Teóricamente, les dio una preparación a la vida social al escribir el texto de las Reglas de Cortesía y Urbanidad Cristiana. Y en la práctica, enseñándoles a vivir el respeto con las personas, empezando por sus colegas de clase; haciéndoles ayudarse unos a otros en las tareas escolares; llevándoles a practicar la solidaridad, a ser “benefactores” de sus colegas más pobres (GE, edición 1720, p. 8); encargándolos de prestar responsable y esmeradamente servicios a la clase y a la escuela, a través del ejercicio de los llamados “oficios”; haciendo que algunos más afortunados social y económicamente puedan convivir con compañeros en su mayoría pobres, con lo que proporcionaba a estos últimos la oportunidad de enriquecer su vocabulario, adquirir mejores modales y construir relaciones que les podrían ser útiles en su futura vida profesional.

Enseñando a los hijos del pueblo, La Salle les dio perspectivas de mejores condiciones de vida. Parafraseando a Herosilla, el Fundador,

*“poniendo la pluma en manos de los pobres, no les entrega un arma -como quiso Voltaire- sino su propio medio de sustento, su propia defensa”.*

Resumiendo, La Salle no fue un teórico de la sociedad, de la misma manera que tampoco en educación fue un creador de teorías pedagógicas. Al contrario, la inspiración evangélica de su pedagogía popular y eficaz contribuyó ciertamente, a largo plazo, a la inclusión social de los niños y jóvenes pobres. Y como expresa Favre: *“Adelantándose a las corrientes democráticas actuales, San Juan Bautista de La Salle trabajó, resueltamente, en Francia, por la educación del pueblo”* (Favre, 1959, p. 156). Y tal vez sin quererlo, al difundir la instrucción entre las clases inferiores, él fue uno de los artífices de los cambios políticos que surgieron años más tarde con la Revolución Francesa y uno de los que más eficazmente trabajaron para la proclamación de la libertad, igualdad y fraternidad humana (Cf. Vincent, 1885, p. 185).

### **La Salle y la educación para el trabajo**

Charles Demia (1637-1689), fundador de las escuelas de caridad en Lyon y de gran influencia en el Fundador, proponía hacer que sus alumnos se formasen como buenos artesanos y que las fábricas y manufacturas pudiesen disponer de aprendices cuidadosos y trabajadores. En función de eso, dedicaba, por ejemplo, atención a los trabajos manuales y a la lectura de contratos. La enseñanza profesional ocupaba considerable espacio en la

comunidades religiosas apostólicas femeninas, en las cuales se enseñaban artes domésticas, trabajar en la horticultura, la fruticultura, o en la manufactura de lino, para dar a las jóvenes de condición modesta medios de ganarse la vida.

La Salle, en cambio se interesaba por el futuro de los alumnos en términos de trabajo. Se daba cuenta de que una de las “*desastrosas consecuencias del abandono de los hijos de los artesanos y de los pobres entregados a sí mismos*” era que, con la vida de vagancia que llevaban durante años, más tarde tendrían “*mucha dificultad para habituarse al trabajo*”.

Por eso, las primeras escuelas lasallanas se caracterizaban por mantener a los chicos ocupados todo el día, dando a los alumnos los recursos que les permitan emplearse en el trabajo, cuando sus padres quisiesen.

Creo que este texto de la 2da. Meditación del tiempo de retiro es inspiradora en este sentido:

*Consideren que es proceder harto común entre los artesanos y los pobres dejar a sus hijos que vivan a su antojo, como vagabundos, errantes de un lado para otro, mientras no pueden dedicarlos a alguna profesión; y no tienen ninguna preocupación por enviarlos a la escuela, ya a causa de su pobreza, que no les permite pagar a los maestros, ya porque, viéndose en la precisión de buscar trabajo fuera de sus casas, se encuentran como en la necesidad de abandonarlos. Sin embargo, las consecuencias de esto son desastrosas, pues esos pobres niños, acostumbrados durante años a llevar vida de holganza, tienen luego mucha dificultad para habituarse al trabajo. Además, como frecuentan las malas compañías, aprenden a cometer muchos pecados, que les resulta muy difícil abandonar en lo sucesivo, a causa de los malos y prolongados hábitos contraídos durante tan largo tiempo.*

*Dios ha tenido la bondad de poner remedio a tan grave inconveniente con el establecimiento de las Escuelas Cristianas, en las que se enseña gratuitamente y sólo por la gloria de Dios. En ellas se recoge a los niños durante el día, y aprenden a leer, a escribir y la religión; y al estar, de ese modo, siempre ocupados, se encontrarán en disposición de dedicarse al trabajo cuando sus padres decidan emplearlos. (MR 194,1.2).*

Así mismo, en la Guía de las Escuelas está muy patente que el futuro profesional de los alumnos era uno de los temas importantes del diálogo con las familias. Ya en el momento

de la matrícula de un alumno algo mayor, el Director preguntaba a sus *padres* “*qué es lo que quieren hacer de él; si le quieren hacer aprender un oficio, y en cuánto tiempo*”. Y cuando los padres, sobre todo de los pobres, son negligentes en garantizar la asiduidad de los hijos, o se apresuran a retirarlos de la escuela, la argumentación a utilizar no tiene como base la religión, sino las consecuencias de su actitud para el futuro profesional de los alumnos.

Sobre este tema parece obligado incluir otra obra que a veces no la recordamos como se debiera, fue el Seminario para los Maestros del campo que tenía una finalidad y un carácter profesional en el pleno sentido de la palabra, porque garantizaban bases teóricas, disposiciones anímicas y entrenamiento práctico para la profesión de maestro. Igualmente la Escuela Dominical tenía sello profesional.

Y es que La Salle, al impartir lo que había de profano en su currículo, no preparaba ni a la clereatura ni a los estudios clásicos. En los primeros años de escolaridad, ofrece un programa terminal que prepara a los alumnos pobres para realizar un trabajo y para la vida. En términos actuales, se hablaría de transferencia de conocimientos, de intercambios de aprendizajes para el área profesional. No hay duda que la “escuela cristiana” de La Salle constituía también una preparación para el ejercicio del empleo en sentido amplio.

### **La cualificación cristiana**

El siglo de La Salle seguía siendo un tiempo marcadamente de cristiandad. Los poderes religioso y civil se influían y se apoyaban recíprocamente. Toda la realidad seguía fundamentalmente siendo mirada desde la fe. Los deberes a cumplir tenían casi siempre una inspiración esencialmente religiosa. El ambiente religioso y la práctica sacramental, en particular, eran muy generalizados, casi universales, y marcado por un deseo de conocimiento religioso. Al interior de este ambiente de cristiandad había una compenetración de lo religioso y lo profano. Educación y educación cristiana, catequesis y alfabetización iban juntas, y todos los ejercicios escolares venían impregnados o referidos a la religión.

Pero, al mismo tiempo sobre esta realidad religiosa había más lectores: la adquisición de la nueva competencia cultural que es la lectura posibilitaba mejor acceso a textos de piedad,

y permitía también el contacto con otras ideas de naturaleza distinta de la ortodoxia católica y de la práctica moral de inspiración evangélica.

Cantidad de evidencias hablan de esta compenetración recíproca entre lo profano y lo religioso en las primeras escuelas lasallanas: A la puerta de las clases había agua bendita para que los alumnos hicieran la señal de la cruz. En las paredes estaban tanto el crucifijo como imágenes sagradas. Además de hacer la señal de la cruz, los alumnos se arrodillaban al llegar a su lugar; rezaban al inicio y al finalizar las clases y, normalmente, también en las lecciones; en la lección de escritura, utilizaban fórmulas de piedad o de moral; participaban de la Misa todos los días y, en los domingos y fiestas, también en las Vísperas.

Todo ese tipo de educación suponía, evidentemente, una determinada concepción del maestro de escuela. Él, en efecto, era el “*pedagogo de la vida cristiana*”, en expresión de Demia. La fuente de su responsabilidad era igualmente religiosa: estaba invitado a realizar con esmero su ministerio de pedagogo cristiano porque daría cuentas a Dios de la forma de desempeñarlo. En síntesis, la educación no tenía todavía base de experimentación científica; seguía siendo esencialmente una tarea dependiente de la religión.

¿Y esta educación aún sirva de la Teología, para qué existía? Evidentemente para alcanzar un objetivo más terminal, que era el de salvar a los alumnos, garantizar la salvación de sus almas. Son muchos los textos del Fundador que tenemos a este respecto. Les comparto este que ha sido para mí uno de los más bellamente escritos por el Santo de La Salle:

*Como son los embajadores y los ministros de Jesucristo en el empleo que ejercen, tienen que desempeñarlo como representando al mismo Jesucristo. Es Él quien quiere que sus discípulos los miren como a Él mismo, y que reciban sus instrucciones como si fuera Él mismo quien se las diera; deben estar persuadidos de que es la verdad de Jesucristo la que habla por boca de ustedes, que sólo en nombre suyo las enseñan, que Él es quien les da autoridad sobre ellos, y que son ellos mismos la carta que Él les dicta y que ustedes escriben cada día en sus corazones, no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, que actúa en ustedes y por ustedes, por la virtud de Jesucristo.*  
(MR 196)

La consecuencia de esta convicción era el sentimiento de la apremiante necesidad de instruir cristianamente al pueblo, sobre todo al pueblo ignorante del área rural, especialmente tres tareas: catequizar, moralizar y defender la fe católica.

### **Catequizar**

Dar catequesis era como el fin propiamente dicho de la escuela. Ella constituía la primera de las materias enseñadas, la más importante, la esencial, la que no podía faltar nunca en el currículo. A tal punto la enseñanza se identificaba con la catequesis que, en el lenguaje del tiempo, instrucción era prácticamente sinónimo de instrucción religiosa y venía acompañada del aprendizaje de las oraciones, la asistencia a la Misa y la frecuencia a los sacramentos.

### **Moralizar**

Pero, para salvarse, además de conocer las verdades fundamentales de la religión, había que practicar lo que en el tiempo se llamaban las verdades prácticas, es decir, las que, además de creer, había que vivir. En otros términos, la educación también tenía que moralizar. De allí que, por la buena educación, en términos amplios, era necesario enseñar a vivir lo que es digno de un buen cristiano; a ser modelo de vida; a llevar vida plenamente cristiana; en síntesis, a ser persona pía, justa, de bien.

En términos particulares, la moralización se expresaba positivamente bajo variadas formas: educar en las buenas costumbres; ejercitar en las virtudes cristianas; inculcar una conducta cristiana; enseñar a cumplir los deberes con Dios, con los demás y consigo mismo. Y cuidar de conservar, si es posible, la inocencia bautismal de los niños, cuidado que Demia llegaba a afirmar como el primer fin de la educación (cf. Germain, 1972, p. 76).

La moralización debía inspirar, en un primer momento, desde un punto de vista negativo, un profundo horror al pecado, sobre todo a la impureza. Y se manifestaba también en actitudes defensivas, como la atención para evitar que los alumnos leyeran libros perniciosos, que podrían llevar al libertinaje y la inmoralidad.

## **Defender la fe católica**

La educación católica en la Francia del siglo XVII, no puede olvidar la presencia combativa y proselitista de los protestantes calvinistas, conocidos como “hugonotes”. Esta realidad exigía de la educación católica, y de su instrumento que es la escuela, otro papel más: el de defender la fe católica.

## **La Salle y la educación cristiana**

El Fundador vivió plenamente este modelo de cristiandad en el campo de la educación. La afirmación de la impronta religiosa que caracteriza su pensamiento y práctica educativa es uno de los puntos en que los historiadores de la educación se muestran más unánimes. Por ejemplo, la Guía de las Escuelas Cristianas, con todo lo que tiene de concreto, de didáctico, de administrativo, de cotidiano, de prosaico y de profano, constituye “*la aplicación a la práctica escolar de una teología de la educación*” (Gutiérrez, 1970, p. 234). O, al leer las Reglas de Cortesía y Urbanidad Cristiana, libro profano por su naturaleza, alguien desprevenido podría, en más de un pasaje, dudar si tiene en manos una obra sobre la civilidad o un catecismo (cf. RU 0,0,1- 0,0,8; 204,1; 219-222; 205,4; 396-399; 207,0,477; 207,6; 587).

Para La Salle, no hay duda que la educación tiene un origen religioso. Las “Escuelas Cristianas” son iniciativa de Dios para contribuir a la realización de su plan salvador. Así como el origen, también la finalidad de la educación lasaliana es meridianamente religiosa. Nuestra Regla actual recoge maravillosamente esta idea en su primera constitución:

*Impresionados por el desamparo humano y espiritual “de los hijos de los artesanos y de los pobres”, Juan Bautista de La Salle y sus primeros Hermanos consagraron toda su vida a Dios, en respuesta a su llamada, para darles una educación humana y cristiana, y extender así la gloria de Dios en la tierra. Renovaron la escuela de su tiempo para que fuera accesible a los pobres y para ofrecerla a todos como signo del Reino y medio de salvación. (R 1)*

Para La Salle, su escuela tiene un sentido pastoral. Los Hermanos y los educadores lasallistas, a través de la educación trabajan para el bien de la Iglesia. Como hábiles y fieles arquitectos, perfeccionan las piedras vivas que son los alumnos, que ya forman parte de

ella y que aún mejor la constituirán cuando sean adultos (cf. MF 160,3,2; MR 193,2,2; 199,1,1).

Para La Salle, hacer del alumno un cristiano es, en primer lugar, darle instrucción cristiana, para luego desarrollar en él el espíritu del cristianismo, que lleva a mirar y a valorar la realidad con la mirada y la valoración de Dios. En segundo lugar es ayudarlo a corregir sus defectos, apartarlo del pecado y de las ocasiones que lo llevan a él. En síntesis, prepararlo a ser cristiano viviendo cristianamente lo que se traducía en el lenguaje de su tiempo, como “piedad”.

Para La Salle, el gran medio par educar cristianamente era el educador cristiano. Él es ministro de Dios, de Jesucristo y de la Iglesia. Es alguien que conoce la doctrina y se atiene a ella. Que vive una intensa vida espiritual y es un ejemplo para sus discípulos. Que les muestra afecto *“para moverlos a vivir cristianamente”* (MF 115,3,2).

Hermanos hasta aquí me parece suficiente compartir este tema con ustedes hoy. Seguramente han quedado en el aire otros muchos aspectos que ustedes los conocen mejor que yo. Pero, déjenme terminar esta conferencia diciéndoles una última cosa más:

La Salle no perdió el tren de la historia. Conoció el movimiento educacional de su tiempo, se insertó en él y también lo marcó con contribuciones personales. Teóricamente, fue, en gran parte, tributario de su tiempo. Pero, con su acción práctica ayudó a posibilitar la promoción social de los educandos, enseñándoles los instrumentos básicos de la cultura y preocupándose con prepararlos a la vida concreta, incluida la vida laboral. Y, en un tiempo todavía de fuerte cristiandad, sobre todo, les ayudó a realizar más plenamente su vocación trascendente, a vivir toda su existencia como “verdaderos cristianos”.

Al terminar estas líneas quisiera resaltar que así como el Fundador experimentó la presencia Dios en los acontecimientos y en las personas, particularmente en la situación de abandono de los niños y jóvenes pobres, tanto que no duda en pedirnos hacer un acto de adoración en la meditación para la fiesta de Navidad cuando escribe: *«Reconozcan a Jesucristo bajo los pobres harapos de los niños que instruí: adórenle en ellos»* (M. 96,3).

Pienso que hoy, así como lo hicieron Juan Bautista de La Salle y los primeros Hermanos estamos también llamados a experimentar esa presencia de Dios en los signos del siglo XXI:

a ver en la escasez, la abundancia,  
en la disminución, el renacimiento  
y en nuestras miserias humanas, la humildad para ser transformados por la Gracia.

Y repitiendo las palabras del Hno. Robert Shieller para este día:

¡Dejemos que nuestra imaginación vislumbre un futuro vibrante!

¡Hagámoslo con la alegría de poder vivir nuestra vocación lasallista juntos para bien de todos aquellos que nos han sido confiados!

¡Felices fiestas!